

## “Divino tesoro”

*Daniel Prior Gijón*

Jorge ya era el último que quedaba en aquella sala de espera. Aun así no estaba nervioso, se repetía a sí mismo que en alguna peor se habría visto.

De pronto salió a la sala el último de los jóvenes esmeradamente trajeados —o arregladas, en el caso de las mujeres—, que habían acudido a la cita. Él no tenía ningún traje ni intención de comprarlo, de modo que había acudido con zapatillas, unos vaqueros azules y un polo blanco. El otro joven lo ignoró y se dirigió a la puerta.

Detrás de él iba otro hombre trajeado, sólo que de unos treinta años.

—Usted. Es su turno, pase. La segunda puerta a la derecha.

Se levantó y se dirigió al despacho en el que tendría lugar la entrevista. Ya le habían advertido que en esta cadena de grandes almacenes no se andaban con chiquitas, así que estaba sobre aviso.

Llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz profunda y ronca.

Entró en el despacho. Era un espacio amplio y bien iluminado con una mesa de madera tres veces más grande de lo necesario para su función —a juzgar por el portátil enchufado a la corriente y los escasos folios que sobre él estaban— y cuadros de dudoso gusto adornando las paredes.

Aquel hombre que le esperaba de pie tendría cuarenta y tantos y era el mejor vestido que había visto en todo el día. Jorge no entendía de ropa formal pero dio por hecho que la de ese señor valía tres sueldos de una persona de a pie.

—Dígame, ¿sus padres están casados o divorciados?

Jorge, que ya llevaba un mal día de por sí, se limitó a tomar y estrechar la mano de aquel descarado.

—Yo Jorge —decía al tiempo que le apretaba fuertemente la mano—.

Encantado.

Acto seguido tomó asiento en la silla de enfrente del escritorio.

El hombre quedó descolocado. Tras unos instantes de pausa, se sentó en su silla de mandamás. Entrelazó las manos con los pulgares apuntando hacia arriba.

—De modo que, está en una fiesta con un amigo y en la fiesta hay 10 personas incluyéndoles a los dos —empezó a explicar el entrevistador en un perfecto inglés británico—. Su amigo le propone una apuesta: le dará un euro por cada persona de la fiesta que cumpla años el mismo día que usted, y usted le dará dos euros por cada persona que no cumpla años el mismo día que usted, ¿acepta la apuesta? —Se le dibujó una sonrisa en la cara.

.—Asumiendo que no sé cuándo son los cumpleaños de las personas en la fiesta, la probabilidad de que una de ellas cumpla años el mismo día que yo es aproximadamente de  $1/365$ , y la de que no, de  $364/365$ , así que mi respuesta es no.

—Jorge contestó también en su inglés sin acento definido aunque claramente comprensible.

La sonrisa del entrevistador se borró. Después de esto soltó una retaña de palabras en francés con un tono malhumorado, con lo que Jorge se limitó a dar golpecitos en la mesa sin entender casi nada.

—No hablo francés, pero puedo avisar a alguien que sí —supo responder también en francés.

—Vale, joven, ya veo que no se le dan del todo mal los idiomas, veamos qué tal se le da el suyo.

Comenzó a escribir algo en una hoja de papel.

—Ahora... —comenzó a decir el entrevistador.

—Le ahorraré la molestia: *yendo* se escribe con i griega y ese *hecho* lleva hache —le interrumpió antes de que le pasase el papel.

—Bien, veamos... —cogió la primera hoja de un montoncito que tenía sobre la mesa— Veo por su solicitud que está interesado en el departamento tecnológico, ¿cómo me vendería este portátil? —dijo señalando hacia su escritorio.

—Dado que el modelo es de hace tres años y que tiene un procesador AMD desfasado y una batería que no vale para nada tras tan sólo quinientos ciclos de carga, no lo haría. A no ser que me cayese usted realmente mal, claro está.

El entrevistador dio un golpe en la mesa y se levantó.

—Creo que hemos terminado. Le llamaremos.

Jorge también se levantó, se dieron la mano y él se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto, es David —dijo el entrevistador cuando Jorge estaba a punto de irse.

—¿El qué? —dijo Jorge sin girarse.

—Mi nombre. Es David.

—No sea maleducado, nadie le ha preguntado —contestó sin dejar de darle la espalda.

Cerró la puerta tras de sí.